

Sobre la revisión de la imagen del Libertador en *La carroza de Bolívar* de Evelio Rosero

Gilberto Gómez-Ocampo
Wabash College
gomezg@wabash.edu

The past is never dead. It's not even past.
William Faulkner, Requiem for a Nun (1951)

I. Introducción:

Mi ponencia ofrece algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico en la reciente novela de Evelio Rosero La carroza de Bolívar (2012), ganadora del Premio Nacional de Novela del Ministerio de Educación en 2014.¹ Rosero ha recibido otros premios importantes, entre ellos el *Tusquets de Novela*, el *Independent Foreign Fiction Prize* en el Reino Unido, y el *ALOA* de Dinamarca. En La carroza de Bolívar Rosero nos presenta una imagen del Libertador diametralmente opuesta a la que años antes habían mostrado otras novelas recientes sobre Bolívar tales como La ceniza del Libertador de Fernando Cruz Kronfly (1987), El general en su laberinto de García Márquez (1989), y El insondable de Álvaro Botero Pineda (1997), por sólo nombrar algunas de las más notorias. La representación de Bolívar en la novela de Rosero contradice al Bolívar de los manuales de historia patria empleados en escuelas, colegios, y sobretodo en monumentos públicos y documentos oficiales, en los que se repite la construcción heroica del *Libertador* como héroe casi cesáreo— un gran caudillo militar y un visionario estadista-- (ver por ejemplo el retrato famoso de Ricardo Acevedo Bernal, [1867-1930], monedas, efigies, etc.). En Colombia, todos lo

saben, las plazas centrales de cada ciudad y pueblo se llaman “Plaza de Bolívar,” y normalmente están adornadas con estatuas (bronce o mármol) que presentan un Bolívar francamente majestuoso. Igualmente, las oficinas públicas exhiben imágenes del libertador que generalmente son derivativas del famoso cuadro de Acevedo Bernal cuyo reconstrucción de la imagen de Bolívar ha pasado a ser, literalmente, canónica. Es contra estas representaciones, creo, que Rosero escribió la novela que comentamos.

La novela de Rosero tiene un narrador onnisciente tradicional, transcurre a fines de diciembre de 1966 y presenta las acciones de un tal Dr. Justo Pastor Proceso López, el personaje central, y de algunos amigos suyos, contrincantes y socios en aventuras etílicas y eróticas y largas conversaciones de madrugada, grupo que incluye al alcalde de Pasto, al millonario Furibundo Pita y, sorprendentemente, al obispo, sarcásticamente conocido también como “el aviso.” El narrador nos informa del intento del Dr. López de escribir una biografía de Bolívar titulada *La gran mentira de Bolívar o el mal llamado Libertador* (p. 18). A pesar de llevar 25 años de trabajo en esa obra, múltiples interrupciones le han impedido llevarla a término. Por ese motivo, durante el carnaval de “Blancos y Negros,” tradicional en la ciudad de Pasto, en 1966, patrocina a Tulio Abril, uno de los artesanos más famosos de la ciudad, para que este construya una carroza alegórica al sentimiento anti-bolivariano por la que es famosa aquella ciudad. De hecho, en una larga conversación con sus amigos el doctor exalta la obra del historiador José Rafael Sañudo (1872-1943). Sañudo fue autor de una oscura biografía del Libertador publicada originalmente en 1925, pero

aparentemente conocida sólo por unos pocos.² El Dr. López habla elogiosamente con sus amigos acerca de esa obra, y la presenta así:

Valerosa biografía (...) Estudios sobre la vida de Bolívar, publicada en 1925, le significó el desdén y la condena de los suyos, no sólo del país sino de sus mismos coterráneos, que acusaron 'profunda sorpresa e indignación por su nefando libelo.' En Manizales pidieron a gritos que lo llevaran a la horca, en Bogotá se le declaró traidor a la patria, la Academia de Historia de Colombia lo llamó hijo ingrato, la Sociedad Bolivariana volvió a llamarlo hijo, pero [hijo] indigno de Colombia, y si su obra halló en su alborada uno que otro intérprete medianamente serio, todos, sin excepción, lo comentaron con absoluto pánico, y uno de ellos, a pesar de saber que Sañudo no calumniaba y que cada una de sus aseveraciones estaba perfectamente fundamentada, no dudó de calificarlo de pastuso retrógrado, teólogo hirsuto, prosador enrevesado y vejete casuístico (p. 60).

Después de muchas vicisitudes, el artesano en efecto concluye la carroza, cuya construcción es mantenida en secreto, pero diversas personas oyen hablar de ella y las cosas se complican cuando se convierte en motivo de discordia. ¿Criticar a Bolívar o no criticarlo? ¿Aprovecharse el Festival de Blancos y Negros para criticarlo, o esperar otra fecha menos emblemática? Gran parte de la novela está dedicada a enredar y desenredar esa trama (que llega a ser bastante tediosa y repetitiva: ¡la novela tiene casi 400 páginas!). Lo que nos importa aquí, sin embargo, la revisión de la figura de Bolívar que propone (o repite) la novela de Rosero, y que el narrador sintetiza así:

(...) el Dr. Proceso se había propuesto una obra que describiera con claridad meridiana no solamente las actuaciones políticas y económicas y militares del mal llamado Libertador (sic), sino las otras, del orden humano, que acabarían de esclarecer el monumental error histórico que consistía conceder a Bolívar un noble protagonismo en la independencia de los pueblos, protagonismo que sí tuvo, desde luego, consideraba el doctor, pero el más nefasto (p. 61).

Una síntesis de instancias específicas de esa destrucción retórica del héroe que presenta la novela de Rosero sería la siguiente:

- ***Bolívar fue un cobarde y no valiente:***

Quizá la instancia más grave serían los eventos que han pasado a llamarse “La navidad negra.” Así se conoce a la toma de Pasto por las tropas de Bolívar al mando de Antonio José de Sucre el 24 de diciembre de 1822. En un combate que duró apenas hora y media, las tropas realistas fueron vencidas y abandonaron la ciudad, que quedó indefensa. El Batallón “Rifles,” al mando del Coronel Sanders, saqueó la ciudad y dio muerte a aproximadamente 800 civiles en una tarde y la siguiente mañana. Este evento, que yo sepa, no se enseña en escuelas o colegios en Colombia.

- *es vengativo*, incapaz de perdonar incluso leves ofensas involuntarias.
- *es pedófilo*, motivo recurrente en la novela de Rosero; Bolívar habría tenido un edecán encargado de proccularle chicas pre-pubescentes.
- *es cruel*, además de los eventos de la “Navidad negra,” la obra de Sañudo le atribuye a Bolívar algunos graves episodios de las guerras de independencia, como por ejemplo la entrega de Miranda al general español Laverde en 1812, la ejecución de su segundo, el general mulato Manuel Piar, jefe de los ejércitos rebeldes, en 1817, y la posterior ejecución del Almirante Padilla, quien al igual que Piar era “pardo” (negro) en 1828.

Por todo lo anterior, tanto la obra de Sañudo como la novela de Rosero presentan una imagen revisada de Bolívar en la que según vemos este aparece como un hombre ambicioso, inescrupuloso y encima carente de un proyecto utópico, cuyos conceptos de “libertad” y “democracia” son consignas vacías. En últimas, este Bolívar no es más que un oportunista vanidoso y egocéntrico.

El relato de Rosero (como muchas novelas históricas, y esto casi se ha convertido en un cliché) tiene que ver con nuestra habilidad, o falta de ella, para reconstruir el pasado cuando todo lo que tenemos a manos no es más que narrativas que son, cuando mucho, solamente aproximaciones a lo que “realmente” ocurrió. Dudo que Rosero haya arrojado nuevas luces sobre ese espinoso problema hermenéutico. Si mucho, esta obra reafirma la gran distancia que los escritores actuales han puesto entre los excesos del realismo mágico y el interés regional por la nueva novela histórica. Con suerte, quizá mi ponencia sea una modesta contribución al estudio de la obra de Rosero e, indirectamente, del auge de la ficción histórica en la literatura latinoamericana.

II. La obra de Rosero.

En su estudio de la obra de Rosero, Paula Andrea Marín, profesora de la Universidad Javeriana de Bogotá, haciendo una paráfrasis de las teorías de Julia Kristeva, indica que “La literatura contemporánea comprueba la imposibilidad de la Religión, la Moral y el Derecho (sic), es decir, manifiesta una cultura de sujetos sin valor de padre y abandonados de una madre abjecta, ” e insinúa que la crítica del padre es uno de los nodos temáticos de la obra roseriana.³

Para los efectos de una lectura de la novela de Rosero, creo que conviene considerar primero la figura de Bolívar como *padre de la patria* por antonomasia. Esta duplicación del término latino *pater* que ese título conlleva es problemática, ya que haría de él un padre excesivo, un padre duplicado o quizá en términos matemáticos un *padre al cuadrado*. Rosero la somete a una minuciosa deconstrucción y procede al vaciamiento del sentido altruista y heroico que ha

tenido durante siglo y medio de propaganda oficial. Esto implica que visiones alternativas, como la del historiador Sañudo habrían sido no sólo ignoradas sino prácticamente silenciadas. Un pequeño detalle nada irrelevante es la publicación de la obra de Sañudo por una pequeña editorial pastusa sin distribución nacional.

Esa (según Kristeva) “invalidez actual de la ley del padre” constituiría una estrategia, para mí valiosa, cuyo objetivo sería “pervertir la lengua que nombra lo que ya nada dice, lo que ha perdido sentido,” como dice Marín (p. 21). En su estudio de una obra previa de Rosero, *Los ejércitos* (2007), Marín identifica “un hilo axiológico. . . con cuatro ejes principales: 1. El espacio ambiguo de la casa; 2. La percepción de un *locus amoenus*, 3. La temporalidad inalterable, y 4. La presencia de la muerte, (p. 40). De ese catálogo quizá arbitrario podríamos deducir que, si las observaciones de Kristeva son ciertas, la patria como “casa grande” evidentemente ya no es (o nunca lo fue) un lugar ameno, y no está ya más regido –o protegido—por *el pater familias* que la ideología oficial proclamó durante tantas generaciones.

En este punto quizá sea pertinente especular por qué se publica esta novela en 2012, y en conexión con ello, ¿por qué recurre Rosero a la novela histórica? La petición de “verdad” histórica a la que el texto acude (y de la que depende), en cuanto a novela histórica, puede verse de dos maneras: por un lado, quizá como un acto ingenuo que aún asumiría que *podemos conocer la verdad, podemos saber con certeza lo que realmente ocurrió* (al respecto, uno puede preguntarse si Rosero conoce la obra de Hayden White y sus sucesores acerca de la historia

como construcción narratológica); por otro lado, se puede ver como un abandono bastante completo de lo que los escritores presentaban como el derecho de la ficción a imaginar. La imaginación, esa “loca de la casa,” promovida con ardor por la generación del *boom*, en el contexto colombiano molestaba mucho a críticos tempranos de la obra de García Márquez, como por ejemplo Jaime Mejía Duque.⁴ Como instancia de “petición de verdad,” el texto de Rosero depende (o dice depender) de una biografía de Bolívar, oscura aunque no olvidada (se ha reeditado varias veces, como he indicado antes) escrita por el historiador Sañudo; hasta cierto punto, la novela no busca ir más allá: ficcionaliza aspectos de la obra de Sañudo, a la que toma por verdad irrefutable.

En este punto, podemos identificar tres direcciones que gobiernan la narrativa de Rosero:

- 1.

La obvia destrucción de la figura del “héroe” que las historiografías oficiales han construido alrededor de Bolívar y que se extiende, muy obviamente, hasta el día de hoy con el conocido culto bolivariano que prodigó el Comandante Chávez. El concepto operativo aquí es el de “héroe,” de procedencia romántica, que habían promovido los escritores románticos británicos, en especial Lord Byron y luego Thomas Carlyle. Ese culto conlleva implícita una teoría acerca de la dialéctica héroe – masas. Ya muchos han observado las ventajas políticas que Chávez obtuvo de su (auto)identificación con la figura heroica de Bolívar, y con su proclamación como su heredero y continuador en el siglo XXI.

2.

La noción propuesta por Carlos Fuentes (y antes por Mariátegui, Aníbal Ponce, y otros) de la posibilidad de una historia *otra* (una historia alterna) para los países que se llamarían América. Al respecto, conviene citar las reflexiones del narrador al respecto:

Otro hubiese sido el destino de las naciones si Antonio Nariño consigue esa victoria, pasa al Ecuador y continúa su campaña, y no Bolívar, que pasó al Ecuador sin mérito propio, y que era como el revés de la medalla. No hay Dios en la historia de Colombia, ni justicia, y muchas veces son los más nocivos y parásitos quienes se salen con la suya (pp. 224-225).

Esta percepción de otro pasado posible se vincula con la caracterización de Agualongo como héroe *verdadero* que sin embargo fue sacrificado por Bolívar. La referencia es a Agustín Agualongo (1780-1824), líder indígena de la oposición popular a las tropas libertadoras en el territorio que hoy es el sur de Colombia y el norte del Ecuador. Al presentar a Agualongo como “el primer guerrillero de América,” Rosero reencuadra la guerra de independencia como solamente un eslabón más en la dinámica del colonialismo, especialmente cuando muestra cómo Bolívar refrendó y aprovechó, en vez de eliminar, los privilegios del viejo orden. Por ejemplo, mantuvo y en algunos caso reforzó el régimen de impuestos colonial. Así, el narrador nos dice que, consumada la *masacre* de Pasto, Bolívar “dispuso que los indios de Pasto pagasen [el tributo] (con los impuestos atrasados) como pagaban al rey español” (p. 228). La oposición de Agualongo al proyecto de Bolívar fue muy compleja y no tenemos espacio aquí para estudiarla, pero para los propósitos de nuestro estudio de la imagen de Bolívar en la obra de Rosero bástenos citar lo que la novela dice: “La suya fue una de las primeras y

más importantes gestas de resistencia indígena en Latinoamérica, y Agualongo el primer guerrillero auténtico” (p. 231).

3.

La continuidad pasado-presente es quizá el aspecto más problemático de la novela, pues de modo repetido (y ciertamente repetitivo) Rosero propone que la causa última de la conocida situación de desorden público que aqueja a Colombia es, por vía directa, las acciones de Bolívar (ello refrendaría nuestro punto #1: el héroe moldea a la sociedad, sus pulsiones son formativas más allá de las fuerzas sociales implicadas, o de las mentalidades o fuerzas culturales presentes, etc.). Se trata, obviamente, de una idea simplísima y sin duda reduccionista: la *navidad negra* “sería el primer gran ejemplo de barbarie de la historia de Colombia, la primera gran masacre de las tantas que seguirían” (p. 213, el énfasis es mío). Así, Bolívar y los actuales paramilitares estarían encadenados--un caso de filiación, estarían afiliados, literalmente: serían familia, hijos de un padre llamado Bolívar-- y formarían parte de un continuum histórico. Podemos también leer que “Al mando de [el coronel] Sanders los Rifles profetizaron (...) ríos de sangre que se avecinaban... sobre todo el territorio colombiano... durante años y años que aún no terminan” (p. 217). Y poco después el narrador nos advierte acerca de la continuidad en el tiempo al mencionar la conexión de Bolívar “... sus sucesores en Colombia de allí en adelante, por los siglos de los siglos” (p 229).

III. Conclusión:

La figura del Libertador Simón Bolívar ha evocado y sin duda seguirá evocando múltiples y contrastantes interpretaciones. En tanto que quizá sea prudente poner en entredicho su veracidad (o “realismo”), deberemos tal vez estar de acuerdo en la naturaleza *performativa* de esas representaciones, que hacen alusión más al presente que al pasado. Es decir, las reevaluaciones artísticas de Bolívar son fundamentalmente una forma de actuar e intervenir en el presente bajo la pretensión de “esclarecer” el pasado (que quizá sea irrecuperable).

Literariamente hablando, la novela de Rosero ofrece una visión de Bolívar que ya estaba contenida en el ensayo de Sañudo, cuya visión era obviamente reaccionaria, y que se puede resumir así: Bolívar fue un criollo *alzado* que destruyó el edificio colonial español, que fundamentalmente era bueno y justo. Como novela, desafortunadamente es lenta, repetitiva e insípida. Quizá por ello, y a pesar de los premios que ha ganado, su recepción entre los lectores ha sido escasa o nula, y de hecho para la escritura de esta ponencia no encontré un solo estudio crítico sobre ella, fuera de algunas reseñas de periódico muy breves y generales. Pero yo espero que otros lectores, con perspectivas diferentes, acudan a la novela por lo que nos pueda comunicar acerca de ese enigmático personaje llamado Don Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios Ponte y Blanco, también conocido como “El Libertador.”

Bibliografía:

¹ Rosero, Evelio. La carroza de Bolívar. México: Tusquets, 2012. En adelante citaré por esta edición.

² He visto la segunda edición: Sañudo, José Rafael. Estudios sobre la vida de Bolívar. Pasto: Imprenta Minerva Nariñesa, 1931.

³ Marín Colorado, Paula Andrea. De la abyección a la revuelta: la nueva novela colombiana de Evelio Rosero, Tomás González y Antonio Ungar. Bogotá: Universidad Javeriana, 2013, pp. 20-21.”

⁴ Jaime Mejía Duque, en particular su crítica de la “desmesura” de la imaginación en GGM. Literatura y realidad. Bogotá: Oveja Negra, 1976.